

—Condúzcame cerca de mi casa, á las Tullerías, se lo suplico.

—¿Me quiere usted dejar ya?

—Sí.

—¡Pero si la quiero tanto!

—¡Qué miedo he tenido! ¡Todavía estoy temblando!

—¡Qué niña es usted!

Empleó las súplicas más vivas, las más apremiantes.

No pudo conseguir nada.

—No estoy en París más que por usted—la dijo.—Debía estar en el campo desde hace seis semanas. Siempre estoy poniendo por pretexto los negocios; pero mi único asunto es usted. Dígame, al menos, que me quiere.

—Sí, pero separémonos.

—Con la condición de que me permitirá verla pronto. La adoro, la quiero. ¿Me amará usted algún día?

—Puede ser, pero adiós.

—Prométame que me concederá el pasar un día entero conmigo, el primero que tenga libre, el domingo, por ejemplo.

—¡Sí, es preciso!: ¡ya veremos!

—Todo esto me lo dice para que la deje, ¿no es verdad? Todo para que nos separemos. ¡Malal!

Se echó ella á reír, pero tenía el corazón angustiado. Las emociones de la noche eran demasiado fuertes para ella. No tenía más deseo que el de encerrarse en su cuarto y echar los cerrojos, para estar segura y tranquila.

En el momento de separarse el duque, la dijo:

—¿Cuándo volveré á verla?

—No lo sé.

—El domingo, está convenido. ¿Quiere usted? Después todo concluirá, si usted lo exige. Me lo negará todo, nos separaremos para no volvernos á ver, si esa es su voluntad; pero, al menos, que yo la pueda hablar con el corazón en la mano, libremente.

—¿Después no me atormentará más?

—Se lo juro.

—Pues bien—dijo ella abriendo la portezuela sin esperar al lacayo;—si puedo, lo pensaré. Adiós.

—No, hasta la vista.

—Eso es, hasta la vista.

Echó á correr; el duque la enviaba el último saludo con la mano. En la esquina de la calle Saint-Honoré, ella se volvió y vió que él la miraba todavía.

## XIII

## POR CAMINOS DE TRAVESÍA

EL recibimiento del hotel de Rochebonne estaba brillantemente alumbrado. Los candelabros de bronce florentino, sostenidos por las estatuas de mármol colocadas al pie de la escalinata de doble subida, iluminaban con sus treinta lámparas los pasamanos de hierro forjado, que un criado, dedicado exclusivamente á cuidar de su limpieza, tenía siempre brillantes.

Los lacayos empolvados, vestidos de calzón



El duque la enviaba el último saludo  
con la mano

corto de paná de color de oro; sentados en banquetas forradas de terciopelo nacarado y pies dorados; la alabarda todavía en un rincón, aun cuando el actual duque había suprimido el suizo; los inmensos salones, unos á continuación de los otros; la galería de los espejos que se abría sobre el gran rellano de la escalera en el primer piso; el conjunto, en fin, con sus hermosas líneas sobrias de ornamentación, indicaban á los visitantes que no entraban en la casa de un advenedizo.

En el mismo momento en que el duque se quedaba solo en su mesa en la Cascada, por la huída de Germana, la duquesa se encontraba vistiéndose en un gabinete tan grande como el salón de un agente de cambio, y frente á un espejo donde se miraba con complacencia.

Dos candelabros de plata repujada, de un trabajo maravilloso, la alumbraban completamente.

Su doncella, una milanese de ojos negros, morena como un bandido de la Calabria, acababa de peinarla, y salía para traerle su traje de teatro, cuando volvió á entrar y levantando la cortina de damasco, pesada como una capa pluvial, dijo:

—Yago pregunta si puede ver á la señora duquesa.

—¡Yago! Sin duda ninguna, que entre. Te puedes quedar, Lucía. No tengo secretos para ti.

El duque tenía criados que se dejarían cortar en pedazos por él, lo que es muy raro en los tiempos que corremos. Pero era porque en casa de los Rochebonne los criados heredaban su puesto de padres á hijos, como los notarios ó los abogados. Por su parte, la duquesa podía contar con Lucía y Yago, que se lo debían todo á los Trani y se habían agregado á Giuseppina y á su partido.



Su doncella, una milanese de ojos negros...  
acababa de peinarla.

El *groom* esperaba en la puerta.

—Entra, Yago—dijo la doncella.

El negro se deslizó sin meter ruido á los pies de la duquesa.

Giuseppina estaba realmente hermosa. Se hallaba en el esplendor de su belleza pujante y floreciente, en la exuberancia atractiva de una salud que desbordaba.

Su cuello escultural sostenía una cabeza desdenosa y altiva, ante la cual se sentían unas ganas locas de dominarla. Y la coronaba una diadema de pelo negro con reflejos de púrpura, rizados y retorcidos. Sus ojos brillaban un poco hundidos bajo las cejas, que parecían sembradas con polvos de diamante, y mordía continuamente sus labios para que estuviesen más encarnados.

Á la duquesa le divertía ver la admiración exótica que producía en Yago, en aquel ser, hombre por la inteligencia, casi un mono por la figura, que se emborrachaba con los olores que se escapaban de los mil frascos destapados de los perfumados *sachets* de seda bordada, de los cajones y de los vestidos de su hermosa dueña.

Allí disfrutaba como un perro faldero sobre las rodillas ó en la cama de una reina.

—¿Qué hay?—le dijo ella á media voz.

—La ha visto.

—¿En dónde?

—Cerca de aquí, en el malecón.

—¿La ha hablado?

—Más todavía.

—¿El qué?

—La ha llevado en su coche.

—¿Adónde han ido?

—Hacia los Champs-Elysees.

- ¡Debías haberles seguido!  
 —Me fué imposible encontrar un carruaje.  
 —Está bien.

Su cara demostraba una violenta contrariedad, sus ojos centelleaban, pero se calló.

Al cabo de un momento, Yago, viendo que su ama no se ocupaba de él, se levantó perezosamente como un perro al que le echan de la habitación. Pero la duquesa le hizo señas de que se quedase.

- ¿Cómo iba vestida?  
 —Traje negro, sombrero negro, muy sencilla.  
 —¿Eso es todo?  
 —Sí, mi ama.  
 —Vete.

Se alejaba, echando á la duquesa una mirada tan suplicante, que ella le volvió á llamar.

—Quédate—le dijo.—Cuando oigas el coche saldrás.

No contestó, pero una sonrisa de triunfo alegró su cara de macaco.

Se puso á los pies de la italiana, mientras que ella dejaba caer sus faldas, tan indiferente á su presencia como si en efecto hubiese sido un gorila ó un perro de aguas.

—La señora duquesa está guapísima esta noche—dijo la doncella.

- ¡Ah!  
 —Sí, la señora duquesa llamará asombrosamente la atención en la Ópera.

—Si me lo permite mi marido. Me parece que se retrasa mucho. ¡Las diez y veinte!

En aquel momento se oyó el ruido de un coche que se paraba debajo de la marquesina.

Yago había desaparecido como una sombra.

El duque llamó discretamente á la puerta del gabinete.

—¿Se puede entrar?

La doncella levantó la cortina.

—¿Estás ya dispuesta, Giuseppina?—preguntó Rochebonne.

—¿Y tú?

—¡Oh!, yo en un momento estoy á tus órdenes. El tiempo de ponerme el frac. ¿No te estorbo?

—No. Parece que tienes buen humor esta noche, amigo mío.

Rochebonne se puso los dedos en las escotaduras del chaleco, y al mismo tiempo que hacía un guiño admirativo con los ojos dijo:

—¡No lo he de tener, viendo una belleza tan atractiva!

—Deja las galanterías—dijo la duquesa con tono un poco agrio.—¿De qué sirve la mejor comida cuando falta...?

—¿El estómago?—dijo Rochebonne.

—No, el apetito—contestó la duquesa.

—¡Tatel! ¡Tate!—pensó el duque, que volvió la espalda á su mujer, mientras que la milanesa daba los últimos toques al vestido de su ama, un soberbio traje de raso amarillo cubierto de encajes, que valían una fortuna.—¿Sospechará algo? ¿Me habrá hecho espiar por ese tunante de Yago? ¡Pues bien! Mucho mejor. ¡Estoy encantado, mi palabra, estoy entusiasmado!

Se apresuró á vestirse.

Eran casi las once cuando el coche los llevaba á la Ópera, por el mismo camino que el duque había recorrido, después de haber dejado á Germana.

—¿Has ganado en el juego esta noche?— preguntó la duquesa.

El duque había preparado sus baterías.

—Vamos, Giuseppina, nada de niñerías, ¿verdad?... Tus criados no están ahora presentes. Puedes ser franca. Sabes muy bien que no he ido al Círculo.

—Y ¿cómo lo había de saber?

—Por tu emisario Yago, ese traidor de comedia que no se separa de mí más que mi sombra y te da cuenta de mis actos y de mis acciones.

—Te aseguro...—balbuceó la duquesa.

—No te tomes ese trabajo. He ido al *Bois* á respirar el aire; lo prefiero á nuestro teatro, en donde se oye una música detestable, cantada por marrachos.

—Eres muy exigente, esposo mío, para la Ópera.

—La aborrezco, ya lo sabes. Necesito aire para mis pulmones enfermos, pues estoy en ruinas, verdaderamente en ruinas.

—¿Por qué no nos vamos al campo... á Rochebonne?

—No quiero privarte de París. Aquí tienes todas tus amistades.

—Di que te detienen las tuyas.

—Es posible. Prefiero el arroyo de la calle de Bac. Es una de mis debilidades.

—¿Estabas sólo en el *Bois*?

—No me acuerdo ya; de verdad.

—¿Tan pronto?

—¡Tengo poca memoria!

—¿Está debilitada?

—Te lo suplico, Giuseppina, no me abrumes.

¿En la Ópera veremos al príncipe Pradine?

La duquesa sintió el golpe y se puso á la defensa.

—No lo sé. Esta noche hay una fiesta en la Embajada de Rusia. Me figuro que estará en ella.

—No; estoy seguro de que no estará.

—Y ¿por qué?

El duque fijó sus ojos en los de Giuseppina.

—Porque está enamorado como un loco, como un salvaje... de la música. Se entusiasma con Gounod; para él, Meyerbeer es un Dios. ¡Simpatizáis maravillosamente!

—El príncipe es un gran amigo tuyo, y yo no tengo razón ninguna para ponerle mala cara.

—¡Mala cara á Pradine, el mejor de mis amigos, el primer *gentlemen*!... ¿Quieres regañar conmigo, Guiseppina? Los Pradine son lo que hay de mejor como raza. Si no han reinado, ha sido culpa de ellos. ¿Mala cara á Pradine? ¿En qué piensas, hija mía? Sin embargo, mirándole bien, tiene un defecto. Compromete á las mujeres. Es verdad que es á ellas mismas á quien se debe acusar. Corren detrás de él, sin recatarse. Están locas por su buena figura. Aquí, acuérdate, gusta el misterio. Pecado oculto... ya sabes lo demás...

La duquesa se había replegado sobre sí misma. Se preguntaba adónde querría ir á parar su marido.

Desde su boda no había tenido ocasión de caer. En los primeros tiempos, el duque estuvo tan solícito con ella, que no le había sido posible aburrirse ni un momento. Estaba deslumbrada por su nueva fortuna. Fernando no la contrariaba nunca y daba rienda suelta á sus caprichos.

Únicamente á partir de la fecha de su encuen-

tro con Germana era desde cuando el duque había vuelto á sus antiguos hábitos de independencia, y, por decirlo así, empujado también á la duquesa por el camino en que entraba él. Tenía demasiada experiencia de la vida mundana para no comprender á qué represalias se exponía, y para no estar seguro de que encontraría á su tiempo uno cualquiera que le tomase la plaza que él dejaba abierta sin guarnición y á disposición de los invasores... La presa era demasiado tentadora para no atraer á los corsarios, y el príncipe de Pradine, que efectivamente estaba enamorado de la duquesa, abría cada día nuevas brechas alrededor de la ciudadela de donde el duque se alejaba con ostentación, dejando la llave en la cerradura.

El coche se paró delante de la fachada de la Ópera, entre los dos municipales, inmóviles como legionarios romanos, con sus cascos que brillaban al herirlos la blanca claridad de la luz eléctrica.

El duque subió, con su paso de cansancio, la escalera; atravesaron los corredores y entraron en el palco, uno de los más envidiados de la sala.

El duque se sentó en un rincón, después de haber mirado con sus gemelos á las butacas de orquesta y á los palcos más lejanos del suyo.

—Ya sabía yo que el príncipe estaría aquí—dijo á Giuseppina,—y me felicito.

El cuarto acto iba á terminar, cuando la duquesa, sentándose á su lado, le dijo con voz dulce:

—Hablemos un momento, Fernando.

—Con el acompañamiento de los violines. Me parece una buena idea, Giuseppina.

—Me has propuesto un pacto el otro día, ¿te acuerdas?

—Perfectamente, lo tengo anotado.

—Entonces, ¿es formal?

—Completamente.

—¿Con quién estabas en el *Bois*? ¿Con una mujer?

—¿Qué significan esas preguntas? ¿Te pregunto alguna vez algo de los amigos que recibes ó de los que vas á visitar?

—Si me quisieras, Fernando, ¿me hablarías así?—le dijo, fijando en él sus ojos angustiados.

—¡Si te quisiera, *carissima*! Me parece que no hago otra cosa desde nuestro matrimonio. ¿Te he contrariado en ninguna circunstancia, ó negado alguna cosa? Sería bien á pesar mío, Giuseppina; pero debías haberte quejado. Repararía el mal que, sin pensar, te hubiese hecho; te lo aseguro.

—Tienes razón, soy completamente libre; pero esta libertad ¿qué me prueba sino tu indiferencia?

—Verdaderamente, Giuseppina, eres injusta. ¿Cómo se podría ser indiferente al lado de una mujer tan deliciosamente atrayente como tú? ¿Dónde hay unos hombros más bonitos, un pelo igual, una piel más fresca y más perfumada? ¡Esa indiferencia sería una burla! Perdería la ocasión de gozar de las más raras alegrías. ¿Me acusarás de no tener buen gusto?

Alguien ha dicho que la adulación es el camino más seguro para llegar al corazón de la mujer.

En otra ocasión, empleando las acariciadoras palabras que el duque decía con la mayor seriedad del mundo, hubiese logrado, si la duquesa no hubiese tenido más que sospechas, desvane-

cerlas; pero las noticias de Yago la habían dado la seguridad, y los cumplidos de su marido la abofeteaban como una burla irónica.

Sin embargo, se calló.

—Las italianas — continuó Rochebonne, — nacidas bajo un sol ardiente, tenéis la cabeza como vuestras tierras, abrasadas. Las francesas del Norte son infinitamente más tranquilas. He creído que te parecerías á ellas, puesto que vivías entre nosotros, y te he tratado como á una parisién. La parisién, hija mía, engaña algunas veces á su marido, pero no le espía. Hablo de las de nuestro mundo. Vive de reticencias y de sobrentendidos. Se venga ella también, pero siempre evita las escenas domésticas. Hace lo que le parece, pero sin ruido, discretamente; si su marido tiene un amor, ella tiene otro, pero lo escoge con discernimiento, mejor de lo que lo hacen las extranjeras; lo hace con tanto talento que ni sus criados lo sospechan. En una palabra, es páfida, pero lista; libertina, pero decente; cuanto más coqueta es con los otros, más agradable está con su marido, y muchas veces sucede que éste, después de haber recorrido todos los tocadores, reducido por la gracia de su mujer, á la que había abandonado un momento por el estúpido deseo de ver cosas nuevas, vuelve como el pichón de la fábula, diciendo que no ha encontrado en otras mujeres la cuarta parte de méritos de todas clases que posee la suya.

En fin, la parisién tiene demasiada inteligencia para no exigir de su marido más de lo que puede darle, y, entre otras cosas, una fidelidad eterna que no se halla ni en las novelas donde se encuentra tanta idealidad, á veces hasta el absur-

do. Entendámonos, yo hablo de los demás y no de nosotros... Siempre que una mujer de mundo tenga sus coches elegantes, sus caballos, sus criados, cuenta abierta en el modisto, en la lencería, en la modista, y para todo lo demás—y lo que es más grave—en casa del joyero, se estima feliz, y su independencia la basta. Me figuraba que nada te faltaba para tu felicidad. He unido á estas ventajas las formas más respetuosas, un cariño solamente mitigado por las exigencias de mi salud, y he creído que nuestro cielo estaría sin nubes.

El duque tuvo una frase desgraciada. ¿Fué con intención?

—Mira—la dijo;—para terminar, un ejemplo. La semana pasada has comprado un collar de mil quinientos francos para tu perrito King-Lois. ¿Quieres uno de mil escudos?

—¡Ah!—exclamó ella,—decididamente, no sé lo que quieres de mí. Quiero comprenderte y no puedo. ¿Por qué me desprecias de ese modo?

—No puede uno reirse sin molestarte. ¡Qué sensitiva! ¡Una mujer como tú es una joya para un hombre como yo. ¿Desprecias acaso tus brillantes, Giuseppina?

El acto se terminó.

Las últimas notas de los violines vibraban bajo la bóveda de la sala cuando llegaron á la puerta del palco.

Entró un coloso con barba rubia, con tinte sonrosado, con un tipo de eslavo muy acentuado, y con aire plácido y bonachón.

Rochebonne, sin levantarse del sofá en el que estaba echado, tendió indolentemente la mano al visitante.

—Buenas noches, querido amigo—le dijo, y

colocándose en la postura del que se prepara á dormir la siesta.

—¿Me permite usted?—preguntó.—Estoy horriblemente cansado. La duquesa le hará compañía.

El príncipe Pradine, antítesis viviente de la gracia traviesa del duque de Rochebonne, recuerda por su figura á los bárbaros del Norte del tiempo de Atila.

Es un atleta robusto é imponente, con cara simpática, con ojos de un azul pálido, dulces y soñadores.

Es un polaco, prodigiosamente rico, que los judíos todavía no habían devorado, cosa bien rara. Es verdad que tiene minas de plata, de cobre aurífero, explotadas por ingenieros ingleses; que sus dominios son vastos como provincias; que ha aprendido la contabilidad en París; que no ha entrado nunca en la Bolsa y que detesta el *baccarat* y las carreras.

Por lo que atañe á las mujeres, sin estar precisamente desprovisto de cortesía á su manera, no las trataba sino con una gran reserva, defendiéndose contra sus seducciones por la pasión profunda y respetuosa, con algo de la idolatría de los salvajes hacia los fetiches, y eso le inspiraba la duquesa.

Esta espléndida hermosura meridional atraía con poder irresistible á Pradine, la encarnación viva del hombre del Norte, tan opuesto á ella.

Giuseppina le retenía en su órbita, como un satélite que no puede substraerse á su influencia.

Con una palabra suya Pradine hubiese hecho todo lo que ella hubiera querido, hasta las más absurdas hazafas de los caballeros andantes. Su fe-

licidad consistía en verla; su placer en obedecerla en todo, y, sin embargo, hasta entonces no había conseguido más que esos favores preliminares insignificantes que no comprometen á nada y que una mujer se divierte en conceder á sus íntimos.

Pradine se contentaba con eso.

En su manera de ser había algo de la naturaleza de los paladines antiguos.

Tenía la inocencia honrosa de creer que para obtener una mujer hay que merecerla, y las que son débiles después de un cuarto de hora de conversación, no valen el dinero que cuestan ó el ramo de flores que se las lleva.

—¿Viene al *foyer*, príncipe?—preguntó Giuseppina.

—El duque duerme—dijo Pradine.

—Dejémosle dormir y deme el brazo. ¡Está tan delicado!—dijo ella envolviendo á Fernando en una mirada de conmiseración cariñosa.

Mientras que el príncipe, en el colmo de la alegría, paseaba bajo las arañas del *foyer* á esta duquesa, envidiada por todas y admirada por todos, el doctor Guerin, que desde su butaca viera al duque, su cliente, solo en el palco, había subido á visitarle.

Fernando estaba muy delicado de salud; pero á pesar de eso podría vivir ochenta años, con algunos cuidados. Así lo afirmaba el doctor.

Y así lo esperaba Rochebonne.

—¿Tira usted todos los días á las armas?

—Siempre. Es uno de mis entretenimientos.

Y le contó que la víspera había tirado con un célebre maestro italiano, y que lo había hecho bastante bien.



—Hay que saber defender la piel y la mujer amada — terminó diciendo el duque.

Después hablaron de la duquesa.

—¡Y nada de esperanzas de un heredero! — dijo Rochebonne con desaliento.

—Es culpa de sus abuelos de usted.

—Sí, ya lo sé. Nada de fuerza en la sangre. ¿Entonces no hay ninguna esperanza?

El sabio movió lentamente de izquierda á derecha su cabeza gris y astuta.

—Á propósito — dijo el ilustre sabio, — he visto á Saville y me ha preguntado por su salud.

—¡Naturalmente!

—Nunca se le olvida preguntarme por usted cuando me ve.

—¡Excelente primo! — dijo el duque.

—Se interesa mucho por usted.

—¡Ya lo creo, como que es mi heredero!

El marqués de Saville es, en efecto, el pariente más cercano de Rochebonne, más joven que su primo. Es fino, correcto en todo, frío, muy amigo de sus intereses, con modales de austero moralista. No se enfadaría por recoger una de las más hermosas fortunas de Francia, pero comete la torpeza de que, aunque él es muy rico, deja traslucir su deseo.

—Saville — dijo el duque — es mi pesadilla. Ver que mis bienes han de ir á parar á esos seres fríos, puntuales, razonables ó razonadores, con cabeza de abogados ó de ujieres, que él procrea en abundancia, es mi desesperación. ¿Quién me evitará esa horrible desventura? No puedo, sin embargo, desheredarle. Su madre era una Rochebonne. ¿Dónde habría robado ese aborto de hombre con aire de curial? Vamos, doctor, ¿para qué sirve

la ciencia? No puede impedir la muerte y no da la vida. ¿Qué hace entonces con sus prescripciones facultativas?

La duquesa entraba del brazo de Pradine.

El doctor se fijó en el duque con una mirada enigmática, á la cual Fernando contestó con un gesto de resignación.

Se habían comprendido.

El telón se levantaba dejando ver la decoración del manzanillo.

Todos juntos oyeron la hermosa frase de los violines.

Después Giuseppina pidió el coche.

—¿Si quieres, Fernando? — dijo á su marido.

Ya no tenía nada que hacer en el teatro.

—¿Irá usted mañana al *Bois*, príncipe? — preguntó ella á Pradine.

—Si va usted, duquesa.

—Iré.

En el coche el duque ajustaba esta cuenta.

Un hombre encantador. Un bonito nombre de lo más puro de su raza y de la más alta aristocracia. Y además una salud tan hermosa y una sangre tan pura.

En la puerta del cuarto de su mujer, el duque se detuvo. La italiana estaba encantadora, con sus ojos húmedos y brillantes como las luciérnagas.

—¿Qué te ha predicho el doctor? — preguntó la duquesa.

—¡Cosas horribles!

—¿Y le escuchas?

—¡Con disgusto!

Besó tiernamente la mano de la despechada Giuseppina y cerró lentamente la puerta.

—Si ese Saville heredase—pensaba llegando á su cuarto,—sería verdaderamente una desgracia.

#### XIV

##### RESOLUCIONES INTERIORES

EL bazar de San Germán no había cambiado nada. La traviesa Cipriana seguía enviándole besos á su marido; era un tiroteo continuo de miradas cariñosas y de suspiros conmovedores.

Algunos inspectores pretendían que esta llama conyugal encendía otras, y que habían sorprendido á las señoritas de la lencería, que con el pretexto de acompañar á los clientes se habían perdido entre las sombrillas y los *en-tout-cas* y habían emprendido la tarea de distraer de sus deberes á las neófitas de los paraguas.

El señor Labievre se vió obligado á hacer algunas observaciones, instigadas por su gran propensión á disculpar los pecados de las mujeres bonitas. Se había dirigido particularmente á varias muchachas de la sección del calzado, que se tomaban la libertad de charlar por detrás de las columnas con alguno de los vecinos de la sección de sombreros. Habían creído oír algunos ruidos sospechosos... Pero, cuando se acercaban para ver de dónde procedía aquel murmullo, sólo se veían unos jóvenes muy serios cargados de calcetines ó de elásticas para subirlos, y algunas señoritas

muy dignas, que debían ser algo sordas, y que por eso se admiraban de que les preguntasen por algo que no habían oído.

Pero como era menester apagar ese principio de incendio, habían encargado al señor Labievre que vigilase á la inflamable Cipriana para que suprimiera su entusiasmo, por muy legítimo que fuese.

Desde entonces Cipriana se había vuelto pensativa. Padecía durante el día de languideces muy divertidas para los demás; pero se desquitaba por la noche cuando se reunía con Sosthene, su marido, en la calle, y se marchaban cogidos del brazo.

No hubiera cabido entre los dos una aguja de hacer media.

Cuando el señor Labievre estaba de guardia en la puerta y disfrutaba del espectáculo de aquella explosión de cariño, decía, siguiendo á los recién casados con una mirada llena de ternura y dirigiéndose con su voz aflautada al señor Perrolet, ó al señor Baudricourt, ó al señor Anselmo Ferrouillat, y, si no estaba ninguno de ellos, al primer dependiente que pasase:

—¡Mirad á esos muchachos! ¡Qué monada! ¡Y luego dicen que el dinero da la felicidad!

Las cosas seguían su curso.

Siempre había la misma afluencia, la misma actividad entre los empleados del señor Bouret. Sin embargo, se hubiera podido anotar un detalle que se perdía entre el conjunto, que desaparecía en la inmensidad del San Germán, como una tablilla en el Sena.

Este detalle os lo voy á decir.

El señor Perrolet estaba preocupado, Andrés